

0110
Año IV

N.ºs 37-38

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

DIRECTOR: Leopoldo Durán

GEORGE BERNARD SHAW

VENCIDOS

COMEDIA EN UN ACTO

TRADUCCIÓN DE
ANTONIO CASTRO

BUENOS AIRES

1919

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MÍNIMAS.

EL LIBRO DE LA SEMANA. — Odas Bárbaras. — Uno de los más interesantes objetivos de "Ediciones Mínimas", — esos cuadernos mensuales de ciencias y letras que dirige Leopoldo Durán, — es el de dar a conocer muestras escogidas de la obra literaria de autores extranjeros, orgullo y ornato de la Humanidad. Fuera de los de la América española, que la pluma se resiste a considerar extraños, — ¿cómo pueden serlo José Enrique Rodó y Rubén Darío?, — han aparecido traducciones, — he aquí la esencia del extranjerismo, — de Rabindranath Tagore, Lao-Tsé, Oscar Wilde, Edgar Poe, Mariana Alcoforado, — he titubeado al incluir este nombre en la lista, — Giovanni Papini y Giosué Carducci.

Juzgo que este último es el más conveniente para la cultura de los jóvenes espíritus argentinos, poniendo en primera fila a los poetas. No me refiero especialmente a las ideas políticas y religiosas del radical autor de "Odas Bárbaras", sino a su labor exclusivamente literaria y a los procedimientos usados para asir sus anhelos. Lejos de mí, también, la idea de recomendar un modelo, por alto que aparezca, con el propósito de ser imitado, — labor inferior y deleznable; — los maestros sólo deben ser estudiados y proseguidos por los discípulos entregados a su propia y única, y, por tanto original, — personalidad que no puede ser la misma que aquélla que vivió en tiempos anteriores y se desarrolló en un ambiente que no ha de reproducirse.

Creo, consecuentemente, que, al analizar la obra del genio, es indispensable acompañar ese estudio de otro relativo a la época en que floreció, para darse exacta cuenta, no ya de la belleza intrínseca de sus creaciones, sino también, — quizás lo más educativo para nuestro espíritu, — del esfuerzo que realizó en el sentido de obtener sobre sus contemporáneos la victoria integral, entre cuyas partes no es la menor la de resistir y vencer el ambiente, lo establecido, la rutina; el juicio general, que han contribuido a formar precisamente los maestros. Su mejor discípulo será aquel que avance, poco o mucho, aún con el dolor, digamos con la gloria, de contradecirlos. Soy amigo de la tradición, pero de la renovación más.

Carducci es un ejemplo de labor, de rebeldía, de progreso: tres aspiraciones que hacen mucha falta entre nosotros; sobre todo la primera, aquí donde se cree tanto en la espontaneidad anteponiéndola resueltamente a todo lo estudiado, a lo meditado, a lo trabajado, al artificio, al arte, en fin. El espacio constriñe y no se puede desenvolver, para el que lo necesite, el contenido de mi afirmación.

Quedamos, por ahora, en que la palabra heredada, la recomendación más repetida, el grito que ha atravesado la distancia, ha sido éste: "Studiare, studiare, studiare; meditare, meditare, meditare". Uno de sus biógrafos dice: "no engañó nunca a la juventud universitaria; a los poetas que después han sido alguna cosa. — Pascoli, por ejemplo, — les señalaba duramente el camino: "estudiar, meditar". Esto repetía a cada rimador que deseaba conocer la opinión del maestro respecto de sus primeros versos: esos versos que con tanta facilidad se imprimen y que son recibidos en los diarios con harta benevolencia, para la mayor desgracia de la literatura patria. — J. Torrendell. — "Atlántida". Año I, No. 10. — (Continuaré).

VENCIDOS, COMEDIA
EN VN ACTO DE G.
BERNARD SHAW, TRA-
DUCIDA POR ANTO-
NIO CASTRO ❁ ❁ ❁ ❁ ❁

EDICIONES MÍNIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXIX.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

George Bernard Shaw nació en Dublín (Irlanda) el 26 de julio de 1856. Sus padres eran pobres. De ahí que George Bernard se condenara, desde sus primeros años, a la penosa obligación del trabajo ejercido con repugnancia. Muerto su padre, en 1876, se trasladó a Londres, donde actualmente vive. Allí fué abandonando poco a poco las ocupaciones ajenas a sus predilecciones artísticas y literarias e intimó con algunos grandes espíritus de esa hora. Colaboró en las revistas de mayor importancia y publicó varias novelas. Escribió una serie de estudios sobre Wagner y comenzó una cruzada de arte pretendiendo colocar mucho más alto la personalidad de Ibsen que la de Shakespeare. Alternaba estos trabajos con las publicaciones propias y extrañas que editaba bajo el cuidado suyo la Sociedad Fabiana por él fundada, y con su labor de crítica dramática. En 1892 produjo su primera comedia, EL HOMBRE AMADO POR LAS MUJERES, que no fué representada. Desde entonces hasta ahora ha producido muchas piezas de teatro, estrenadas entre aplausos y discusiones, y de las cuales algunas han sido traducidas a otras lenguas. Bernard Shaw, antes de llegar a ser célebre en su patria, fué conocido y apreciado justamente en el extranjero. Críticos franceses, americanos y alemanes principalmente, analizaron con sutileza y profundidad el teatro shawiano. Agustín Hamón le consagró un ciclo de conferencias en la Universidad Libre de Bruselas, dejando establecido que Shaw, por el mérito de sus obras y las ideas y principios que encarna, es el Molière del siglo XIX.

Y en efecto, el teatro de Bernard Shaw constituye, bajo su aparente liviandad, una reacción contra el falso prisma desde el cual se contempla generalmente la vida y una fuerza propulsora del espíritu nuevo que inquieta y conmueve a los hombres actuales. Colocados ante sus personajes, reímos y pensamos al mismo tiempo, porque sus comedias, aun cuando contengan elementos de farsa, copian la vida en su dolorosa realidad. Los héroes de Bernard Shaw hablan y accionan como seres humanos ordinarios. No extrañemos entonces que sean contradictorios, y que, a pesar de sus convenciones y de sus prejuicios, descubramos en ellos una conciencia agitada por los problemas morales y políticos, cuya solución persigue la energía del reformador que mueve los hilos de la trama. Porque Bernard Shaw es un formidable enemigo de las ideas inertes, de los sentimientos cristalizados, de las idolatrías tradicionales, de los hábitos rutinarios, y, en suma, de la domesticidad en el hombre. La revelación de la verdad, y nada más que la verdad, es la misión que se ha impuesto este "humorista" que realiza cosa tan grave.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

PREFACIO.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

MONOGAMIA MITIGADA.

ESTA pieza no es un argumento en pro o en contra de la poligamia. Es un estudio clínico de cómo ocurre el caso entre la gente absolutamente normal e inocente de las opiniones inconvenientes que hay sobre él. En la vida real la mayoría de los casos se cuentan entre personas de esa clase. Los que profesan con deliberación y conciencia, lo que quienes se creen retrógrados llaman singularmente opiniones avanzadas, son a menudo y ordinariamente por cierto, los últimos en la tierra que acometen cualesquiera aventuras inconvenientes, no sólo por falta de tiempo y de disposición, sino porque el choque establecido entre el individuo y la comunidad por la expresión de opiniones extrañas es ya un obstáculo aún para el herético no complicado en escándalos personales. Así, el libertino teórico es por lo común una persona de vida familiar pura, mientras que el libertino práctico es inhumanamente severo con los demás libertinos y formal en exceso en la profesión de los principios sociales. Más aún: esta profesión no es hipócrita; en la mayoría es perfectamente sincera. El libertino común, como el ebrio, sucumbe a la tentación que no rechaza, y contra la cual previene a los demás con una vehemencia proporcionada a la intensidad de su propio remordimiento. Será un tramposo y un embustero al clamar por el merecido castigo del libertino declarado y al pretender ser mejor que él; pero esto es solo su propia defensa. Ninguna persona cuerda espera que el salteador confiese sus ocupaciones, o que no una su grito al de ¡al ladrón!, cuando la policía sigue los rastros de otro salteador.

La virtud clamorosa del libertino no es más hipócrita que el alegato de inculpabilidad que se le permite a todo criminal. Y el resultado es que los teóricos que escriben con gran sinceridad en favor de la poligamia saben poquísimo de ella, y los que la practican, que saben más, guardan para sí celosamente su copocimiento, que en la práctica apenas es suficiente.

HECHOS INACCESIBLES.

ES imposible, además, estimar su frecuencia. Una práctica en la que nadie se declara, puede ser universal e insospechable, del mismo modo que una virtud que esperamos que todos reclamen bajo penas graves puede no existir. Se presume con frecuencia y en realidad es la presunción oficial de las iglesias y de los tribunales de divorcio, que un caballero y una señora no pueden estar solos en compañía inocentemente. Y es un evidente y brillante absurdo, por más que sobre la validez de él, muchas mujeres han sido lapidadas a muerte en el oriente y divorciadas en el occidente. Por otra parte las personas inocentes y formales, que miran las aventuras galantes como crímenes tan horribles que sólo las acometen las personas más depravadas y atrevidas, o que no podrían oír insinuaciones en ese sentido sin provocar un alboroto con la más ruidosa indignación, son ejemplos manifiestos de la ignorancia en que viven unos grupos de la sociedad respecto de los otros. El trabajo es el obstáculo más eficaz del galanteo. Las mujeres pueden ser, como dijo Napoleón, la ocupación del hombre ocioso, así como los hombres son la ocupación de la mujer ociosa; pero la masa de la humanidad está muy atareada y muy pobre para los lentos y costosos sitios que pone a la virtud el libertino profesional. Donde hay ociosidad, o una mediana provisión de asueto elegante, hay ya coquetería y discreteo. Es mucho más agradable danzar a la orilla de un precipicio que atravesarlo; así la desocupada sociedad está llena de gente que emplea lo más de su vida en cortejar y esconde nada más el secreto humillante de no haber ido más lejos. Porque en punto a reputación no hay en este grupo gente agradable: todo insulto es una lisonja, y todo testimonio una censura; a José se le desprecia y se le eleva; la mujer de Putifar es motivo de admiración y de reproche. Hay un conflicto continuo e irreconciliable entre el aspecto natural y el aspecto formal del caso; entre las relaciones humanas y espontáneas entre hombres y mujeres independientes, por un lado; y la relación de propiedad entre marido y mujer, por el otro, para no mencionar la confusión, bajo el nombre co-

nún de amor, de una atracción natural y de un generoso interés con los celos sangrientos que se pegan y aferran al compañero como un tigre se aferra a una carroña. Y la confusión es natural, porque esos extremos son extremos de la misma pasión y los más casos descansan en algún punto de la escala que media entre ellos, y están tan complicados con preferencias y aversiones ordinarias, con ofensas incidentales a la vanidad o gratificaciones a ella y con el sentimiento de clase, que A tendría celos de B y no de C, y toleraría infidelidades de D, en tanto que las recibiría con furiosa cólera si fueran cometidas por E.

LOS CELOS, UNA CONVENCION.

QUE los celos son independientes del sexo lo muestra la intensidad que tienen en los niños y el hecho de que personas muy celosas tienen celos de todo el mundo, sin consideración al parentesco o al sexo, y no pueden soportar que la persona que "aman" hable benignamente de nadie en ninguna circunstancia (muchas mujeres, por ejemplo, tienen más celos de las madres y de las hermanas de sus maridos, que de mujeres extrañas de quienes se les sospecha aficionados) pero en la vida práctica rara vez se pueden separar las dos pasiones. Además, los celos es una pasión inculcada por la sociedad en gentes en quienes no se presentaría espontáneamente. En los "Bourgeois aux Champs" de Brieux, el benévolo héroe se ve detestado por los campesinos y hacendados de la vecindad, no porque guarde la caza y coloque trampas para cazadores furtivos y defienda los derechos legales sobre su tierra hasta un punto máximo de hosca ferocidad, sino porque por ser una persona amable y altruista rehusa hacer todo eso, y con ello ofende y rebaja el sentido de propiedad de sus vecinos. El caso es el mismo en los celos matrimoniales. El hombre que a lo menos no pretende sentirlos y portarse tan mal como si realmente los sintiera, es despreciado e insultado, y muchos han disparado sobre un amigo o lo han asesinado en un duelo o han sido asesinados por él, se

han difamado o han arruinado a su propia mujer en un divorcio escandaloso, contra su conciencia y contra su instinto, sólo porque la sociedad conspiró en inducirlos a guardar y a sostener su baja moral de este modo indigno y miserable.

La moral se confunde en tales extremos. En una elegante plutocracia un marido celoso es un villano; entre los obreros que mantienen con sus comidas a esa plutocracia, un marido sin celos y que se contenga de agredir con los puños, es mirado como un cornudo ridículo, despreciable y cobarde. Y las clases trabajadoras se dividen en el grupo honorable que acepta la opinión del obrero y el grupo desacreditado, que vive la licencia de la plutocracia sin su riqueza, que se arrastra debajo de la ley como sus modelos se pavonean encima de ella, que abate toda apariencia de respetabilidad y aún de decencia, y que acepta decididamente la suciedad y la ignominia como precio de su anárquica indulgencia. El conflicto entre Molvolio y Sir Toby, entre el marqués y el burgués, entre el caballero y el puritano, el asceta y el lúbrico, existe todavía, y existe no sólo entre las clases y entre los individuos, sino en un mismo pecho en una serie de reacciones y revoluciones en las que lo irresistible se torna lo intolerable y lo intolerable lo irresistible, hasta el grado de que ninguno podemos decir como es en realidad nuestro carácter en este punto.

DATOS OMITIDOS EN LA HISTORIA CIENTÍFICA Y NATURAL DEL MATRIMONIO.

DE una cosa estoy convencido: que no llegaremos nunca a una opinión pública, sana y razonable, sobre las cuestiones sexuales hasta que ofrezcamos como datos para ella nuestra conducta actual y nuestros verdaderos pensamientos en vez de una ficción moral que convenimos en llamar conducta virtuosa y que pretendemos, — y aquí está el mal, — que es nuestra conducta y nuestros pensamientos. Si el resultado fuera que nos creyéramos entre sí mejores de lo que

en realidad somos, algo habría que decir en su favor, pero la consecuencia actual parece ser una exageración monstruosa del poder y de la persistencia de la pasión sexual. Todo el mundo comparte el destino de Lucrezia Borgia, que aunque parece haber sido una mujer muy propia para un obispo inglés moderno, fué investida de todas las extravagancias de una Mesalina o de un Cenci por la imaginación popular. Los escritores de bellas letras, temerarios hasta admitir que su vida entera no es una preocupación constante por los miembros adorados del sexo contrario, y que llegan a sostener la observación de La Rochefoucauld (que pocos se hubieran imaginado enamorados si no hubieran leído nada sobre el asunto), son declarados seriamente seres anormales o defectuosos por críticos de aplastante circunspección y domesticidad. Los autores franceses de virtuosa condición están obligados a incluir en su tren a condesas de ardiente temperamento, con quienes se les suponga vivir en pecado. Son infinitas las controversias sentimentales sobre este tema; pero son inútiles porque nadie dice la verdad. Rousseau lo hizo por un esfuerzo extraordinario y auxiliado por una facultad sobrehumana para la historia natural del hombre; pero el resultado fué singularmente desconcertante, porque aunque los hechos fueron tan ofensivos a las reglas que se pensó que deberían importar mucho, ahora importan muy poco. Y aún así pretenden no creerle.

APLICACIÓN ARTIFICIAL.

LO peor de todo es que entrometidos, acaso con una facultad mucho menos que normal para la malicia, intentan continuamente convertir las cosas desatendibles en cosas importantes, en los hechos tanto como en las convenciones, por la aplicación de perjuicios, a veces atroces, a las partes interesadas.

Pocos saben de los castigos salvajes impuestos legalmente por aberraciones y absurdos, y a los que no prestaría atención ninguna comunidad instruída. Creamos una moral artificial y, en consecuencia, una conciencia artificial inventando consecuencias desastrosas

para acontecimientos que, en su libre curso, producirían un leve perjuicio (a veces ninguno) y que serían olvidados a los pocos días.

Mas la moral artificial no es, por otra parte, condenable así como quiera. En muchos casos puede evitar el daño en lugar de producirlo; por ejemplo, por más que el ahorcar a un asesino es duplicar un asesinato, puede ser también menos sanguinario que dejar que la cuestión se decida por una riña sangrienta o por una venganza. Mientras la naturaleza humana insista en la venganza, la organización oficial y la satisfacción de ella por el Estado será su forma mínima. El daño comienza cuando la venganza oficial persiste después que desapareció de la raza la pasión que satisface. Puede ser más caritativo lapidar a una mujer en el oriente porque se aventuró a casarse de nuevo antes de ser abandonada por su marido que permitir que sea muerta por la multitud; pero lapidar o quemar oficialmente a las adúlteras en occidente sería una atrocidad, porque pocos odian a una adúltera al grado de desearle tal castigo o para tomar en sus propias manos la ley abandonada. Y lo que se aplica a este caso extremo es aplicable también en su medida a los otros casos. Las ofensas referentes al sexo son engrandecidas a menudo innecesariamente por los castigos, que comprenden desde distintas formas del ostracismo social hasta prolongadas sentencias de trabajos forzados, que aparecerían monstruosamente desproporcionadas al verdadero sentimiento contra ellas, si pudiéramos establecer su verdadera fuerza y estimación apartando de la discusión tanto los castigos como el tabú. Afortunadamente existe un escape para la verdad: se nos permite discutir en burla lo que no discutiríamos de verdad. Una comedia seria sobre el sexo es un tabú; una comedia graciosa un privilegio.

EL TEMA PREFERIDO DE LA COMEDIA GRACIOSA.

LA piececilla que va después de este prefacio adopta de propósito la forma de comedia graciosa, porque es una contribución a la vastísima literatura dramática cuyo campo especial son los galanteos de la gen-

te casada. El teatro se preocupa de tales asuntos desde hace siglos, no sólo en la burlona vena de la comedia de la Restauración y la farsa estilo Palais Royal, sino en los adulterios más trágicamente enrevesados de la escuela parisiense que dominaba el teatro, hasta que Ibsen los confundió y relegó a su propio lugar como artículos de comercio. Su constante auge en este terreno mantiene la tradición de que el adulterio es el tema dramático por excelencia, y que si un drama no trata de adulterio no es ya por eso drama. Fuí considerado como un heresiarca de los más extravagantes cuando, al principio de mi carrera como autor dramático, expresé mi opinión, que el adulterio es el más estúpido de los temas dramáticos y que desde Francesca y Paolo hasta la última pareja culpable de la escuela de Dumas "fils", todos los adúlteros románticos han sido unos insoportables majaderos.

LA FALSA PIEZA SEXUAL.

MAS tarde tuve ocasión de decir a los que defendían el sexo como el tema propio del drama, que estaban en lo cierto al colocar el sexo como un sujeto profundamente interesante, pero que estaban equivocados suponiendo que el sexo es un motivo indispensable en las piezas populares. Las piezas de Molière, como Don Quijote y las novelas de la época victoriana son casi asexuales, tanto como puede serlo lo que no es absolutamente inhumano, y algunas piezas de Shakespeare son sexuales lo mismo que el censo: contienen tantas mujeres como hombres, eso es todo. Esto es admitido, pero se supone todavía que las piezas de la escuela parisiense del siglo XIX están, al revés de las obras de arte que no tratan el sexo, saturadas con él; y yo lo niego enérgicamente. Una pieza sobre las costumbres convencionales de luchar en un duelo, o de venir a los puños con el amante de su mujer, si la tiene, o de estrangularla como Otelo, o de arrojarla de la casa y no verla más ni permitirle ver ya a sus hijos, ni cruzar palabra con ninguna persona decente, o de que personas mezcladas en escenas de recrimina-

ción o de confesión se cambien injurias y describan su conducta como culpable y liviana y demás, todo esto suministra material para piezas efectivas, pero tales piezas no son estudios dramáticos del sexo; lo mismo podríamos decir que "Romeo y Julieta" es un estudio dramático de la farmacia porque la catástrofe se produce mediante un boticario. Ni los duelos ni los casos de divorcio ni el "trade unionismo" de las mujeres casadas es el sexo. Sólo la fracción más insignificante de los galanteos de la gente casada produce resultados convencionales, y por lo tanto las piezas ocupadas totalmente con éstos no satisfacen como piezas del sexo, por más interesantes que puedan ser como piezas de intriga y argumentos de enredo.

El mundo ha descubierto esto rápidamente. Los periódicos dominicales, que en los días en que iban a lo más bajo de la clase media estaban atestados de noticias de policía y especialmente de divorcios y de asesinatos, no insisten ya en ellos, y los periódicos de policía que se limitaban por completo a tales asuntos y que fueron leídos un tiempo con furor, han perecido a causa de la estupidez esencial de sus temas. Y sin embargo el interés en el sexo es más fuerte que nunca; en realidad la literatura que arrojó al periodismo de tribunales de divorcio es una literatura ocupada en el sexo con una amplitud, una familiaridad y una franqueza que a Thackeray o a Dickens hubieran parecido del todo imposibles cincuenta años después de su tiempo.

EL ARTE Y LA MORAL.

ES ridículo decir, como lo hacen irreflexivos amateurs de las artes, que el arte no tiene que ver nada con la moral. Ciertamente es que la tarea del artista no es la del policía y que no son parte esencial de la vida consecuencias tan artificiales como los divorcios y las ejecuciones y los procedimientos policíacos que llevan a ellos, aunque como los venenos y las rebanadas untadas de mantequilla y los candentes furgones surten infinidad de narraciones sensacionales o divertidas,

propias para gente incapaz de interés por la psicología. Pero los artistas superiores deben olvidar al policía en sus estudios sexuales o en sus estudios del crimen. Por aferrarse tan nerviosamente a él, las más de las falsas piezas sexuales me convencen de que los escritores o no han tenido nunca ninguna experiencia personal y sería en su ostensible tema, o no han creído posible que el escenario presentara los fenómenos del sexo como aparecen en la naturaleza.

LOS LIMITES DE LA REPRESENTACIÓN.

PERO el teatro presenta fenómenos mucho más desagradables que los del sexo. En cierto sentido, naturalmente, es imposible presentar el sexo en el teatro, como tampoco es posible presentar el asesinato. Con la misma realidad que mata Macbeth a Duncan él es muerto por Macduff. Pero los sentimientos de un asesino pueden ser expresados de cierto modo artístico, y una espada de combinación, previa y cuidadosamente arreglada, puede hundirse con suficiente pretensión de verosimilitud para que aparezca a las dispuestas imaginaciones de los espectadores más jóvenes como un combate desesperado.

La tragedia del amor ha sido presentada en el teatro de la misma manera. En "Tristán e Iseo" el telón no se levanta, como en "Romeo y Julieta", con la alondra: toda la noche de amor se desarrolla delante de los espectadores. Los amantes no discuten el matrimonio de una manera sentimental y elegante: expresan las visiones y los sentimientos que ocurren a los amantes en los momentos supremos de su amor, olvidados por entero de que existen en el mundo maridos, abogados, códigos de duelo y teorías del pecado y nociones de la propiedad y todos los demás despropósitos que son el material trillado y escuálido de las llamadas piezas pasionales.

GAZMOÑERIAS DEL TEATRO FRANCÉS.

TODA representación teatral tiene sus límites. Si Macduff apuñalara a Macbeth el espectáculo sería intolerable; aun el simulacro que permitimos en nuestro teatro destruye ridículamente la ilusión escénica. Todavía hoy pugilistas y gladiadores luchan y matan sin fingimiento, públicamente y hasta como espectáculo de paga; pero ninguna pareja sensata y de alguna delicadeza permitiría que la contemplaran. En Inglaterra, acostumbrados a considerar el teatro francés mucho más licencioso que el británico, nos sorprendemos y nos confundimos cuando sabemos que los actores franceses se escandalizan frecuentemente de lo que llaman la indecencia del teatro inglés, y que las actrices francesas que desean, en lo que se refiere a los instintos sexuales, mayor libertad de la que permite el teatro francés, estudian y se establecen en el teatro inglés. Los teatros de Alemania y de Rusia guardan la misma relación con el francés y acaso, más o menos, con todos los teatros latinos. Además, el gusto francés es más melindroso que el nuestro en lo que se refiere a la exhibición y al tratamiento de los incidentes físicos del sexo. En el teatro francés un beso es una convención tan clara como la estocada de Macduff que atraviesa bajo el brazo a Macbeth. Llega a ser adrede una convención no convincente: hasta han insistido los actores en que para el espectador es imposible confundir un beso real con uno de teatro. En Inglaterra, al contrario, el realismo se extrema hasta el punto de que nadie, excepto los actores que representan, pueden percibir si la caricia es o no sincera. Y en esto indudablemente tiene razón el teatro inglés, porque cualquiera discusión que surja sobre cuáles son los incidentes propios para ser representados en el teatro y cuáles no, mi experiencia de espectador no me deja duda de que ya dispuestos a representar un incidente, no importa si es una oración o un beso, será ofensivo, a menos que sea representado con una persuasiva apariencia de realidad.

EL ESPEJO DE LA NATURALEZA.

EL arte teatral principia como la presentación de un espejo torcido a la naturaleza. En esta fase agrada a la gente bastante infantil para creer que pueden ver en él lo que parecen ser y lo que son, como si miraran en un espejo fiel. Creen de fijo que un espejo fiel no les puede enseñar nada. El espejo sólo puede divertirlos, o aterrarlos devolviendo alguna imagen monstruosa. Y sólo cuando descubren qué poco saben de ellos mismos y que no se muestran en un espejo fiel como los demás lo ven, principia a consumirlos la curiosidad de saber a qué se parecen en realidad, y empiezan a pedir que el teatro sea un espejo de tal exactitud e intensidad de iluminación que puedan lograr vislumbres de sus seres reales y saber también un poco como aparecen a los demás.

Para los auditorios de esta clase elevada, el sexo no puede ya ser ignorado o falseado por el escritor que fabrica el espejo; no le sirven ya las viejas extravagancias sentimentales ni las viejas obscenidades. Don Giovanni y Zerlina no son obscenos; Tristán e Iseo no son extravagantes ni sentimentales. No dicen ni hacen lo que no podáis oír y ver, y hasta os ofrecen, una pareja breve y sutilmente y la otra con plenitud e intensidad, lo que ocurre en el ánimo de los amantes. El amor pintado puede ser el de un aventurero filosófico que tienta a una ignorante campesina o el de un poeta de trágica seriedad enredado con una mujer de noble carácter en una pasión que ha venido a ser para ellos la realidad de todo el universo; pero no importa, el asunto está dramatizado, y dramatizado directamente, no platicado como algo que sucedió antes de que se levantara el telón o que sucederá después de que caiga.

LA COMEDIA GRACIOSA ELUDE SU TEMA.

Y bien, si todo esto puede hacerse en el tono de la tragedia y en el de la comedia filosófica, puede, como yo he sostenido siempre, hacerse en el tono de la comedia graciosa, y "Vencidos" es un frívolo ensayo en este estilo. Las comedias graciosas convencionales son generalmente aburridas porque siempre se evita al fin la esencia de ellas, la inevitable infidelidad conyugal. Se evitan aún sus consecuencias. Mr. Granville Barker ha observado con razón que si los terceros actos de nuestras comedias graciosas se atrevieran a describir las consecuencias que producen el primero y el segundo en la vida real, terminarían como pálidas tragedias, y, en mi opinión, mejorarían mucho como diversiones; porque no he visto ninguna comedia graciosa en tres actos que no me haya cansado y aburrido por el tercero, y he observado que el resto de la audiencia estaba en el mismo estado que yo. Pero felizmente no es cierto que las infidelidades conyugales traigan siempre consecuencias trágicas o que necesiten, por lo menos, producir las desgracias que frecuentemente producen. Por otra parte, mientras más graves son las consecuencias más interesantes se tornan los impulsos, las imaginaciones y los razonamientos, si existen, de la gente que las desprecia. Si yo tuviera la oportunidad de platicar con el fantasma de un asesino ajusticiado, indudablemente empezaría él a contarme de su juicio con vehemencia, citando los nombres de las señoras y de los caballeros distinguidos que en esa ocasión lo honraron con su presencia, y después sobre su ejecución. Yo le diría: "Querido señor: no me interesan tales ceremonias mecánicas. Sé como se juzga y como se cuelga a un hombre. Tengo para mí que si su negocio hubiera estado en mis manos hubiera usted muerto de una manera mucho menos repugnante, hipócrita y cruel. De lo que quiero saber es del asesinato. ¿Cómo se sintió usted al cometerlo? ¿Por qué lo hizo? ¿Qué se dijo usted mismo sobre él? Sí, como la mayor parte

de los asesinos, no hubiera sido ejecutado ¿hubiera cometido otros asesinatos? ¿Aborrecía realmente a la víctima, o deseaba su dinero, o asesinó a una persona a quien no aborrecía y con cuya muerte no ganaba nada, y sólo por el gusto de asesinar? Si así es, ¿puede describirme su encanto? ¿Le ocurría periódicamente, o era crónico? ¿La curiosidad tiene parte en ello?" Le instaría a responder toda clase de preguntas para descubrir lo que es un asesinato realmente, y no estaría satisfecho hasta sentir que también yo podría cometer un asesinato, o que hay en el asesino una cualidad específica que falta en mí; y si tal, qué cualidad es.

Del mismo modo quiero que un marido infiel y una mujer infiel no me aburran con sus casos de divorcio o con las estratagemas que emplean para evitar un divorcio, sino que me digan cómo y por qué son infieles los casados. No quiero oír las mentiras que se dicen entrambos para ocultar lo que han hecho, sino las verdades que se dirían si tuvieran que encararse con lo que han hecho sin secreto ni excusa. Sin duda los prudentes y circunspectos ocultan tales aventuras, cuando pueden, de aquellos a quienes pueden herir con ellas; pero no podemos presumir que ya descubiertos se deshonorarían entre sí con mentiras irritantes y subterfugios transparentes.

Mi juguete, que ofrezco como un modelo de comedia graciosa, puede ser leído ahora, espero, sin disgusto. Agregaré que la opinión de Mr. Sibthorpe Juno, (que la moral pide, no que nos portemos moralmente, imposible a nuestra naturaleza pecadora, sino que no intentemos defender nuestras inmoralidades), es una opinión general en Inglaterra y fué encarecida con toda seriedad por un moralista británico, sincero y distinguido, un poco antes de la primera representación de "Vencidos". Mi objeción a este aspecto de la doctrina del pecado original es que ninguna acción necesaria e inevitable de la naturaleza humana puede ser vista como pecadora, y una moral que supone lo contrario es una moral absurda y que sólo la hipocresía puede sostener en favor. Cuando la gente se avergonzó de los problemas sanitarios y rehusó hacerles frente dejando que se resolvieran clandestinamente, en secreto y suciedad, la solución que se presentó fué la Muerte Blanca. Una prudencia semejante en lo que toca a los

problemas del sexo se ha resuelto en una plaga aún peor que la Muerte Blanca, y el remedio no es el salvarsán, sino una sana moral higiénica, cuyo primer principio es la condenación de nuestro hábito de decir, no sólo las mentiras relativamente inocentes que sabemos que no deberíamos decir, sino también las mentiras ruinosas que pensamos estúpidamente que debemos decir.

VENCIDOS,

COMEDIA EN UN ACTO, VI-
GÉSIMA CUARTA DE LAS
PIEZAS DRAMATICAS DE
GEORGE BERNARD SHAW, ES-
CRITA EN 1912, PUBLICADA
EN 1914 con ANDROCLES y
EL LEÓN y PIGMALIÓN,
Y TRADUCIDA POR ANTO-
NIO CASTRO. ❦ ❦ ❦

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Una señora y un caballero están sentados en un sofá que se halla en un rincón apartado de la antesala de un hotel de playa. Es noche de verano. Detrás de ellos, la ventana francesa está abierta; afuera, la terraza domina el puerto iluminado por la luna; la antesala está en la obscuridad. El sofá tapizado en un color gris plata y las dos personas que lo ocupan, en traje de noche, están alumbrados por una luz de arco que entra por algún lado; pero las paredes, cubiertas de papel verde oscuro, están en tinieblas. Hay dos sillas errantes, una a cada lado. A la derecha del caballero, detrás de él, y cerca de la ventana está una chimenea que no se usa. Al lado opuesto, a la izquierda de la señora, hay una puerta. El caballero está a la derecha de la señora.

La señora es de gran atractivo; posee una voz musical y suaves maneras simpáticas. Es joven; es decir, se ve claramente que tiene menos de treinta y cinco y más de veinticuatro años. El caballero no parece mucho mayor; es algo bien parecido, y en el arreglo de su cabello se ha aventurado tanto en el dandismo poético como puede hacerlo en Inglaterra un hombre que no es un artista profesional. Está visiblemente enamorado de la señora, y va a ceder, en realidad, a un impulso irresistible de estrecharla entre sus brazos.

La Señora.—No... ¡Oh! no sea necio. Por favor, señor Lunn! (Se levanta del sofá y se refugia detrás). Prométame que no será necio.

Gregory Lunn.—No soy necio, señora Juno. No voy a ser necio. La amo: eso es todo. Soy extraordinariamente feliz.

La señora Juno.—¿Será usted realmente bueno?

Gregory.—Seré lo que usted quiera que yo sea. Le digo que la amo; gozo amándola. No quiero estar cansado y triste, como estaría si fuera necio. No quiero que usted lo esté. Vuelva y siéntese otra vez.

La señora Lunn (volviendo a su asiento).—¿Está seguro de que no desea lo que no deba desear?

Gregory.—Completamente seguro. Sólo quiero tenerla. (Ella retrocede). No se alarme. Me gusta querer tenerla. Mientras yo tenga un deseo tengo una razón para vivir; la satisfacción es la muerte.

La señora Juno.—Sí; pero el impulso de suicidarse es algunas veces irresistible.

Gregory.—No al lado de usted.

La señora Juno.—¿Qué?

Gregory.—Parece una descortesía; pero no lo es en realidad. ¿Sabe usted por qué la mitad de las parejas que se hallan en una situación parecida a la nuestra obran tan mal?

La señora Juno.—Porque no lo pueden evitar si dejan que las cosas avancen demasiado.

Gregory.—No, ni mucho menos. Es porque no tienen ninguna otra cosa que hacer y ningún otro modo de divertirse mutuamente. Usted no sabe lo que es estar solo con una mujer de escasa belleza y menos conversación. ¿Qué va a hacer el hombre? Ella no puede hablar de asuntos interesantes, y si él lo hace ella no le comprende: él no puede mirarla porque descubre que no es hermosa. Antes de cinco minutos los dos están horriblemente fastidiados. Entonces sólo una cosa puede salvar la situación, y es lo que usted llama ponerse necio. Con una mujer bella, ingeniosa y amable, no hay tiempo para tales tonterías. Es tan delicioso mirarla, escuchar su voz, oír todo lo que tiene que decir, que no sucede otra cosa. Por esto la mujer a quien se supone con mil amantes rara vez tiene uno; mientras que las bestias mujeres estúpidas sin gracia los tienen por docenas.

La señora Juno.—¿Será eso? Es muy cierto que cuando una se siente en peligro habla como loca para evitarlo, aun cuando no quiere precisamente evitarlo.

Gregory.—Uno nunca quiere evitarlo precisamente; el peligro es delicioso; pero la muerte no. Buscamos el peligro, pero después de todo, el verdadero encanto está en escaparlo.

La señora Juno.—Es preferible no hablar de eso. Está bien el peligro cuando escapamos de él; pero algunas veces no sucede así. Francamente le digo que no me siento tan segura como usted... si realmente lo está.

Gregory.—Pero, señora Juno, usted puede hacer lo que le parezca sin perjudicar a nadie. Ese es todo el secreto del extraordinario encanto que tiene para mí.

La señora Juno.—No comprendo.

Gregory.—No sé cómo empezar a explicarme; pero el fondo de la cuestión es que yo soy lo que la gente llama un hombre de bien.

La señora Juno.—Así lo creía hasta que empezó a enamorarme.

Gregory.—Pero usted ya sabía que yo la amaba.

La señora Juno.—Sí, por supuesto: pero yo confiaba en que no me lo diría porque pensaba que era usted bueno. Su confesión ha echado a perder todo, y además estuvo mal.

Gregory.—De ningún modo. Mire usted, hace muchos años que no me permitía enamorarme de nadie. Conozco muchas mujeres encantadoras; pero lo peor es que todas son casadas. Las mujeres no tienen encanto para mí hasta que llegan a su plenitud y entonces, si son distinguidas realmente, las atrapan y se casan con ellas. Y como soy un hombre de bien tengo que limitar mi amor. Puedo ser bastante afortunado y obtener su amistad y hasta un afecto muy ardiente; pero mi lealtad a sus maridos y a sus hogares y a su felicidad me obliga a levantar una barrera y a no pasarla. Estoy rodeado de mujeres que me son muy queridas, pero cada una ostenta un cartelón, por decirlo así, con la inscripción: Los Transgresores Serán Castigados. ¡Cómo odiamos este letrero! En todos los preciosos jardines, en todos los valles cubiertos de rosas, en toda hermosa colina encontramos el maldito cartelón, y siempre hay un guardabosque a la mano. Pero, ¿qué es eso en comparación al horror de hallarlo sobre cada mujer hermosa y saber que hay un marido a la mano? Este desdichado cartelón se ha interpuesto entre todas las mujeres queridas y apetecibles y yo. Hasta creí haber perdido la facultad de poder enamorarme verdaderamente y con todo el corazón.

La señora Juno.—¿No había ninguna viuda?

Gregory.—No. Las viudas son extraordinariamente escasas en la sociedad moderna. Los maridos viven más que antes, y aun cuando muriesen, las viudas llevan una lista de nombres para el próximo marido.

La señora Juno.—Bueno, ¿y las muchachas?

Gregory.—¡Oh! ¿quién hace caso de las muchachas?

Son simpáticas; son principiantes. No me atraen; les tengo miedo.

La señora Juno.—Decir eso a una señora de mi edad es lo correcto; pero no explica por qué cuando me conocí se guardó sus escrúpulos en el bolsillo.

Gregory.—Pero si es tan claro... Yo...

La señora Juno.—No; favor de no explicar. No quiero saberlo: me basta con su palabra. Además, ahora ya no importa: nuestro viaje terminó y mañana salgo para el norte, a la casa de mi pobre papá.

Gregory (sorprendido).—¡Su pobre papá! Yo pensaba que vivía.

La señora Juno.—Así es. ¿Qué le hizo pensar lo contrario?

Gregory.—Como dijo pobre papá...

La señora Juno.—¡Ah! esa es una costumbre mía, una costumbre algo tonta. Para mí hay algo de conmovedor en los hombres: me sorprende diciéndoles pobre Juan, pobre Pedro, cuando nada les ha pasado.

Gregory (que ha escuchado con alarma creciente).—Pero... Yo... ¿está... ¿estab...? ¡Ay, Dios mío!

La señora Juno.—¿Qué le pasa?

Gregory.—Nada.

La señora Juno.—¡Nada! (Levantándose con ansiedad). ¡Cómo no! Usted está enfermo.

Gregory.—No. Era algo de su difunto marido...

La señora Juno.—¡Mi difunto marido! ¡Qué quiere usted decir? (Agarrándolo horrorizada). No me diga que está muerto.

Gregory (levantándose igualmente consternado).—No me diga que está vivo.

La señora Juno.—¡Ay! no me asuste de esa manera. Por supuesto que está vivo... a menos que usted haya sabido algo.

Gregory.—El primer día que nos tratamos, en el barco, usted me habló de su pobrecito marido.

La señora Juno (lo suelta, completamente tranquilizada).—¿Eso es todo?

Gregory.—Bueno, y después lo llamaba el pobre Tops. Siempre el pobre Tops o el pobrecito Tops. ¿Qué podía yo pensar?

La señora Juno (sentándose de nuevo).—Por él hubiera deseado no recibir este susto. No me he portado bien con él, ni usted tampoco.

Gregory (recayendo en su asiento anonadado).—¿Y me dice que no es viuda?

La señora Juno.—No, por Dios. No llevo luto.

Gregory.—Entonces me he portado como un canalla. He faltado a la promesa que le hice a mi madre. Nunca volveré a tener tranquila la conciencia.

La señora Juno.—Lo siento. Creí que lo sabía.

Gregory.—¿Creía usted que yo era un libertino?

La señora Juno.—No, y seguramente no le hubiera hablado si lo hubiera creído. Yo pensaba que me quería, que lo sabía y que se portaría bien.

Gregory (extendiendo sus brazos hacia el pecho de ella).—Pensé que la carga de ser bueno había caído por fin de mi alma; no ví más que un seno donde descansar, el seno de una mujer deliciosa en quien podía pensar sin culpa. ¿Qué veo ahora?

La señora Juno.—Lo mismo que veía antes.

Gregory (desesperado).—No, no.

La señora Juno.—¿Qué otra cosa?

Gregory.—Los Transgresores Serán Castigados. Los Transgresores Serán Castigados.

La señora Juno.—Si se callan la boca, no. No sea tan cobarde; mi marido no se lo va a comer.

Gregory.—No le temo a su marido: le temo a mi conciencia.

La señora Juno (perdiendo la paciencia). — ¡Vamos! No me considero una mujer de mal comportamiento, porque nada ha sucedido entre nosotros que no sea perfectamente bueno y amistoso; pero ¡en verdad! oír a un hombre maduro hablar de las promesas hechas a su madre!...

Gregory (interrumpiéndola).—Sí, sí; ya lo sé. No es romántico, no es estilo don Juan, no es avanzado; pero sin embargo lo sentimos. Está mucho más honrado en nuestra sangre y en nuestros huesos que todos los elementos románticos. Mi padre se metió una vez en un escándalo; por eso mi madre me obligó a prometer que nunca enamoraría a una mujer casada. Y no puedo sentirme honrado ahora que lo he hecho. No finja despreciarme o reirse de mí; usted también lo siente. Acaba de decir que su propia conciencia se inquieta cuando piensa en su marido. ¿Qué será cuando piense usted en mi mujer?

La señora Juno (levantándose estupefacta).—¡¡Su

mujer!! Se atreve usted a estar allí sentado y decirme frescamente que es casado!

Gregory.—Nunca le hice creer que era soltero.

La señora Juno.—Usted nunca me dió la menor indicación de que tuviera mujer!

Gregory.—¿Cómo no? Discutí con usted cosas que en realidad sólo la gente casada entiende.

La señora Juno.—¡Ay!

Gregory.—Pensé que era el modo más delicado de decírselo.

La señora Juno.—Bueno; es usted un primor. Esto podrá ser vulgar; pero ¡en verdad! ¡en verdad!! ¡Usted y su virtud! Ahora que nos hemos descubierto mutuamente no hay que hacer más que una cosa. Hágame el favor de irse.

Gregory (levantándose pausadamente).—Debo hacerlo.

La señora Juno.—Bueno, váyase.

Gregory.—Sí. Este... (Intenta irse). Yo... yo no puedo. (Vuelve a sentarse impotente). Mi conciencia está activa: mi voluntad está paralizada. Es verdaderamente terrible. ¿Me hace el favor de tocar el timbre y pedir que me echen fuera? Es lo que debe hacer.

La señora Juno.—¿Cómo, hacer un escándalo delante de todo el hotel! De ninguna manera. ¡No sea tonto!

Gregory.—Sí; pero no puedo irme.

La señora Juno.—Entonces yo puedo. Adiós..

Gregory (colgándose de su mano).—¿Puede usted de veras?

La señora Juno.—Por supuesto que... (vacila). ¡Ay, Dios mío! (Se contemplan impotentes). No puedo. (Se deja caer en el sofá con su mano en la de él).

Gregory.—Por el cielo, haga un esfuerzo. Es una cuestión de dominio.

La señora Juno (retirando su mano y alejándose al extremo del sofá).—No: es una cuestión de distancia. El dominio está muy bien a dos o tres metros de distancia, o en un barco a los ojos de toda la gente. No se acerque.

Gregory.—Es horrible: quiero irme y no puedo.

La señora Juno.—Creo que debe usted irse. (El hace un esfuerzo y ella agrega prontamente); pero si lo intenta lo cogeré del pescuezo y caerá sobre mí la

deshonra. Le ruego que se siente en calma y que se-
 porte bien.

Gregory.—Yo le ruego que huya. Creo que podré
 dejarla ir por su propio bien; pero me partirá el
 corazón.

La señora Juno.—No quiero partirle el corazón. No
 puedo pensar que se quede usted sentado aquí solo:
 no puedo pensar en irme a sentar sola en otra parte.
 Es tan absurdo... tan ridículo... cuando podríamos
 ser tan felices. No quiero ser mala ni cruel; usted
 me agrada mucho y quiero ser cariñosa y humana.

Gregory.—Debo marcar un límite.

La señora Juno.—Así lo hará usted, querido. Díga-
 me ¿le agrado de veras? No quiero decir que me ame,
 podría amar a la criada...

Gregory (con vehemencia).—¡No!

La señora Juno.—¡Ah! sí podría, y de cualquier mo-
 do ¿qué importa? ¿Me quiere de veras? ¿Somos ami-
 gos? ¿Se apenaría si me muriera?

Gregory (apartándose).—¡Ay, por favor!

La señora Juno.—¿O fué solamente una usual ca-
 laverada sin propósito, un simple discreteo de barco?

Gregory.—Ay, no, no. Nada tan bajo, tan vulgar,
 tan equivocado. Le aseguro que yo sólo quería ser
 agradable. Creció en mí sin que yo lo notara.

La señora Juno.—¿Y usted estaba contento de que
 creciera?

Gregory.—Lo dejé crecer porque todavía no se le-
 vantaba el cartelón.

La señora Juno.—¡Al diablo el cartelón! Quiero a
 Sibthorpe tanto como a...

Gregory.—¡Sibthorpe!

La señora Juno.—Sibthorpe es el nombre de mi ma-
 rido. Ya no debo llamarle Tops delante de usted.

Gregory (riendo entre dientes).—Parece una bebi-
 da. Pero no tengo derecho para reírme de él; mi nom-
 bre parece el de un específico.

La señora Juno (resfriada).—Eso es muy de los
 hombres. Le ofrezco el sentimiento de amistad más
 ardiente de mi corazón, y usted no piensa más que en
 un chiste tonto. Una chanza tal hace que me olvide.

Gregory.—¿Olvidarla? ¡Oh, si pudiera!

La señora Juno.—Si pudiera ¿lo haría?

Gregory (escondiendo en sus manos su cara aver-
 gonzada). — No. Moriría primero. Me odio.

La señora Juno.—Yo, me alabo. ¡Es tan bonito ser temerario! Quisiera saber si un hombre puede ser temerario.

Gregory (enderezándose desesperadamente). — No. Yo no soy temerario. Yo sé lo que estoy haciendo; mi conciencia está despierta. ¡Ay! ¿dónde está la embriaguez del amor? ¿el delirio? ¿la locura que hace dar por bien perdido el mundo por la mujer adorada? Yo no creo nada de esto, veo que no lo vale, sé que es un error. Nunca he estado en mi vida más sereno, con mayor tranquilidad.

La señora Juno (abriéndole los brazos). — Pero no puede resistir.

Gregory.—Yo debo, yo debería. (Arrojándose en los brazos de ella). ¡Ay!, mi encanto, mi tesoro, nos arrepentiremos.

La señora Juno.—Podemos perdonarnos. ¿Podríamos perdonarnos si dejáramos pasar este momento?

Gregory.—Yo protesto hasta el fin, me opongo a esto. He sido empujado a un precipicio. Soy inocente. Esta loca alegría, esta exquisita ternura, esta ascensión al cielo, me estremece hasta la última fibra del corazón (Con un ademán de arrobamiento ella esconde su rostro en el hombro de él): pero no puedo dominar mi voluntad ni corromper mi conciencia, que todavía clama a los cielos que no soy un cómplice voluntario de esta conducta atroz. Rechazo la felicidad de que usted me llena.

La señora Juno.—No haga caso de su conciencia. Dígame cuán feliz es.

Gregory.—No. Le recuerdo su deber. Pero ¡ay! le daré mi vida con ambas manos si me puede decir que siente por mí la millonésima parte de lo que yo siento por usted.

La señora Juno.—¡Ah, sí, sí! Confórmese con eso; no pida más. Déjeme ir.

Gregory.—No puedo; no tengo voluntad. Algo más fuerte que cualquiera de los dos domina aquí. Nada en el cielo ni en la tierra nos puede separar ahora. Lo sabe ¿no es cierto?

La señora Juno.—¡Oh! no me haga decirlo. Lo sé, por supuesto. Nada... ni la vida, ni la muerte, ni la vergüenza, ni nada nos puede separar.

Una enfática voz masculina en el corredor.—Muy bien. Este debe ser.

(Los dos se recobran con un violento sobresalto, se sueltan y retroceden a los lados opuestos del sofá).

Gregory.—Eso pudo.

La señora Juno (euchichea emocionada). — Chist... chist! Fué la voz de mi marido.

Gregory.—Imposible. Es sólo nuestra imaginación culpable.

Una voz de mujer.—Este es el camino de la antesala; se vé.

Gregory.—¡Cielós! Los dos estamos locos. Es la voz de mi mujer.

La señora Juno.—¡Qué ridículo! Lo estamos soñando todo... Nosotros... (La puerta se abre y Sibthorpe Juno aparece en el fulgor rosado del corredor — tapizado en color de rosa — con la señora Lunn, como Tanhauser en el monte de Venus. Es un hombre bulliciosamente activo, que se da aires de galantería untándose de cosmético las puntas del bigote y vistiendo muy cuidadosamente. Ella es una mujer alta, imponente, hermosa y lánguida, con oscuros ojos fulgurantes y largas pestañas. Se dirigen hacia el sofá, sin fijarse en las dos figuras palpitantes que a cada lado, contra la pared, se borran en la sombra. Las dos figuras salen por la ventana y desaparecen).

Juno (oficiosamente). — Vaya, ya estamos aquí. (Va por delante hacia el sofá). Siéntese; debe estar cansada. (Ella se sienta). Bueno. (El se sienta junto a ella, a su izquierda). ¡Vamos! (se levanta) este sofá está muy caliente.

La señora Lunn (aburrída). ¡Sí? No lo noto. Le habrá dado el sol.

Juno.—Yo lo sentí muy bien: uso menos ropa que usted. (Se sienta otra vez y prosigue con un suspiro de satisfacción). ¡Qué descanso dejar el barco y tener un cuarto privado! Eso es lo peor de un barco: lo observan a uno constantemente.

La señora Lunn.—¿Y por qué no?

Juno.—Bueno, es cierto, no hay ninguna razón; cuando menos así lo creo. Pero usted sabe que, en parte, lo romántico de un viaje es imaginar que puede suceder algo, y eso no puede cumplirse si hay un montón de gente alrededor.

La señora Lunn.—Señor Juno, lo romántico es muy

bueno a bordo de un barco; pero se acaba cuando nuestros pies tocan el suelo de Inglaterra.

Juno.—No, créame. Ese es el error de los extranjeros. Nosotros los ingleses somos la gente más romántica del mundo. Hasta mi presencia aquí es romántica.

La señora Lunn (ligeramente irónica).—¿De veras?

Juno.—Sí. Habrá usted adivinado, de seguro, que soy hombre casado.

La señora Lunn.—¡Ah, no importa! Yo soy una mujer casada.

Juno.—¡Gracias a Dios que así es! Para mi gusto inglés la pasión no es una verdadera pasión si no es culpable. Tengo la sangre ardiente, señora Lunn: no lo puedo evitar. La tragedia de mi vida es que me casé muy joven con una mujer a quien no podía dejar de adorar. Yo deseaba una pasión culpable, verdadera, malvada, y sin embargo ninguna mujer me importaba un comino cuando mi esposa estaba cerca. Pasaron los años, yo sentía escaparse mi juventud sin haber tenido nunca en mi vida una aventura. Porque el matrimonio será muy bueno, pero no es una aventura. No tiene nada de malo, sabe usted.

La señora Lunn.—¡Pobre! ¡Cómo habrá sufrido!

Juno.—No: eso era lo insípido. Yo quería sufrir: se cansa uno de estar bien casado. Siempre se rompen los matrimonios felices. Al fin mi mujer y yo acordamos que debíamos tener vacaciones.

La señora Lunn.—¿No tenían ustedes vacaciones cada año?

Juno.—¡Oh! la playa y esas cosas. Eso no es lo que pensábamos. Queríamos decir vacaciones uno del otro.

La señora Lunn.—¡Qué curioso!

Juno.—Ella dijo que era una idea excelente, que la felicidad doméstica nos estaba idiotizando por completo, que ella quería también vacaciones. Convinimos entonces en dar la vuelta al mundo en direcciones opuestas. Yo partí para Suez el día que ella salió para Nueva York.

La señora Lunn (atendiendo repentinamente). — Eso es exactamente lo que hicimos Gregory y yo. ¿Sería porque deseaba vacaciones de mí? Lo que dijo fué que quería tener el deleite de encontrarme después de una larga ausencia.

Juno.—¿Puede haber algo más romántico? ¿Quién lo hubiera pensado sino un inglés? De seguro que mi temperamento resultará insípido para su ardiente sangre meridional...

La señora Lunn.—¿Mi qué...?

Juno.—Su sangre meridional. ¿No recuerda usted que me dijo aquella noche en el salón, cuando canté "Farewell and adieu to you dear Spanish ladies", que usted era española de nacimiento? Su espléndida belleza andaluza lo dice claro.

La señora Lunn.—¿Qué tontería! Nací en Gibraltar. Mi padre fué el capitán Jenkins, de la artillería.

Juno (ardientemente).—Es el clima y no la raza lo que determina el temperamento. Su cuna fué alumbrada por el caliente sol de España, y mecida al rugido de los cañones ingleses.

La señora Lunn.—¿Qué elocuencia! Me recuerda a mi marido cuando estaba enamorado... antes de casarnos. ¿Está usted enamorado?

Juno.—Sí, y de una misma mujer.

La señora Lunn.—Bueno, naturalmente; no pensé que estuviera enamorado de dos.

Juno.—Creo que no comprende bien. Quise decir que estaba enamorado de usted.

La señora Lunn (recayendo en el más profundo aburrimiento).—¿Oh, eso! Si se enamoran los hombres de mí! Todos parecen creerme un ser de pasiones volcánicas. No sé por qué, porque todas las mujeres volcánicas que conozco son personitas feas de pelo desteñido; no me parecen respetables los volcanes humanos. ¡Y estoy ya tan cansada de este asunto! Nuestra casa está siempre llena de mujeres enamoradas de mi marido y de hombres enamorados de mí. Los alentamos porque es agradable tener visitas.

Juno.—¿Y su marido es tan insensible como usted?

La señora Lunn.—¿Ay! Gregory no es insensible, está muy lejos de serlo; pero para él yo soy la única mujer en el mundo.

Juno.—Pero ¿y usted? ¿Es tan insensible como dice?

La señora Lunn.—Nunca he dicho nada de eso. Por naturaleza no soy nada insensible, pero — no sé si lo habrá notado — soy lo que la gente llama una mujer bastante hermosa.

Juno (apasionadamente).—¿Que si lo he notado!

¡Ay, señora Lunn! ¿Hubiera podido notar otra cosa desde que nos conocimos?

La señora Lunn.—Ya va usted a empezar como todos! Dígame ¿cree usted que una mujer pueda conservar lo que llaman su sensibilidad cuando le ha sucedido esto mismo cerca de tres veces por semana, desde que tenía diez y siete años? Al principio me trastornaba y me asustaba; después me empezó a gustar. Llegó al colmo con Gregory, por eso me casé con él. Luego se volvió una ligera calaverada que apenas valía la pena; después lo hallé interesante una o dos veces, como un tónico de la espina, cuando estaba yo agotada. Pero ahora es un fastidio terrible. No me importa su declaración. Supongo que le dará cierto gusto hacerla; comprendo muy bien que me adore; pero, si le da lo mismo, preferiría que no lo siguiera diciendo.

Juno.—¿Entonces no hay una esperanza para mí?

La señora Lunn.—¡Ah, sí! Gregory tiene la idea de que las mujeres casadas llevan una lista de los hombres con quienes se casarían si enviudasen. Pondré su nombre, si eso le satisface.

Juno.—¿Es larga la lista?

La señora Lunn.—¿Se refiere a la verdadera lista? ¡No la que enseñó a Gregory, que tiene cientos de nombres, sino la pequeña lista privada que es mejor que no vea?

Juno.—¡Oh! ¿me pondrá usted de veras en su lista? Dígame que sí.

La señora Lunn.—Bueno; tal vez lo haga. (El le besa la mano). Pero no empiece a abusar del privilegio.

Juno.—¿Me permite llamarla por su nombre?

La señora Lunn.—No, es demasiado largo. No puede usted llamarle constantemente Seraphita a una mujer.

Juno (extáticamente).—¡Seraphita!

La señora Lunn.—En la casa me decían Sally, pero cuando me casé con un hombre llamado Lunn, naturalmente era ridículo. (1) Ese es mi chiste preferido. Llámeme señora Lunn; es más corto. Y cambie de tema porque me voy a dormir.

Juno.—No puedo cambiar de tema; para mí no hay más tema. ¿Entonces por qué me puso en su lista?

La señora Lunn.—Porque es usted un solicitador

(1) Sally Lunn es el nombre de un bizcocho.

agente. Gregory lo es también. Estoy acostumbrada a que mi marido sea un agente y me diga cosas que no debería decir a nadie.

Juno (tristemente).—¿Eso es todo? ¡Ah! No puedo creer que la voz del amor la haya despertado todavía por completo.

La señora Lunn.—No, me adormece. (Juno se revela con una manifestación amorosa). Es inútil, señor Juno. Soy irremediabilmente honorable; los Jenkins siempre lo fueron. ¿No comprende usted que si la mayor parte de las mujeres no lo fueran el mundo no podría seguir?

Juno (sombrió).—Usted cree que el mundo continúa honorablemente; pero yo le puedo decir como solicitador agente...

La señora Lunn.—¡Tonterías! Es claro que toda la gente desacreditada que se mete en un lío va a dar con usted, como los enfermos van con el doctor; pero la mayoría de las personas nunca va con un agente.

Juno (se para, con creciente agravio).—Escuche, señora Lunn. ¿Cree usted que el corazón de un hombre es una papa, o un nabo, o una bola de estambre de tejer, para que usted lo arroje así?

La señora Lunn.—Yo no tiro bolas de estambre de tejer. El corazón de un hombre me parece semejar mucho a una esponja: absorbe lo mismo agua sucia que limpia.

Juno.—Nunca en mi vida he sido tratado de este modo. Aquí estoy: un hombre casado, con una esposa de gran encanto; una esposa a quien adoro y que me adora y que ni siquiera ha mirado a otro hombre desde que nos casamos. Yo vengo y pongo todo esto a sus pies. Yo ¡yo un agente exponiéndome a que su marido me meta en un juicio de divorcio y haga de mí un mendigo y un proscrito! Lo hago por usted y usted permanece como si yo no hiciera ningún sacrificio, como si le hubiera dicho qué bonita está la noche o la hubiera invitado una taza de té. No es humano, no es justo. El amor tiene sus derechos lo mismo que la honorabilidad. (Se sienta de nuevo, apartado y arisco).

La señora Lunn.—¡Tonterías! Mire aquí hay una flor. (Se la da). Vaya y sueñe con ella hasta que tenga hambre. Nada vuelve a la gente a la razón como el hambre.

Juno (contempla la flor con arrobamiento).—¿Para qué me sirve esto?

La señora Lunn (arreatándose).—¡Oh! usted no me quiere ni tantito.

Juno.—Si la quiero, o cuando menos la quería. Pero soy un inglés y pienso que debería usted respetar las convenciones de la vida inglesa.

La señora Lunn.—Pero yo las respeto y usted no.

Juno.—Perdóneme. Tal vez haga mal, pero lo hago de un modo propio y usual; usted acaso haga bien pero lo hace de un modo discutible y desacostumbrado. No soy para soportarlo. Puedo tolerar que me traten mal, no soy un bebé y puedo defenderme de cualquiera; y por supuesto puedo pasar que me traten bien; pero lo que no puedo soportar es que me traten de una manera rara. Está fuera de la norma de mi vida. Así que ya, por favor, pórtese con naturalidad y con franqueza. Puede usted abandonar a su marido y a su hijo, su casa, sus amigos y su país por mí y venir conmigo a alguna isla del Sur, o por ejemplo a Sud América, en donde podremos ser todo el uno para el otro. O usted puede quejarse con su marido y dejarlo que me rompa la cabeza, si puede. Pero ¡qué demonio! si voy a soportar excentricidades! No es honorable.

Gregory (entra de la terraza y avanza con dignidad al lado de su esposa, hasta el diván).—¿Tendría usted la bondad, caballero, de dominar su genio y de reprimir su lenguaje profano al dirigirse a esta señora?

La señora Lunn (se levanta encantada).—¡Gregory! ¡Precioso! (Lo abraza fuertemente).

Juno (levantándose).—Enamora usted a otro en mi cara.

La señora Lunn.—Si es mi esposo.

Juno.—Esto destruye la última excusa de tal conducta. ¡Bonito estaría el mundo si los casados se hicieran cariños delante de toda la gente!

Gregory.—Esto es ridículo. ¿Qué diablos le importa lo que ocurra entre mi mujer y yo? No es usted su marido ¿verdad?

Juno.—Todavía no; pero estoy en la lista. Soy su marido futuro; usted nada más es el actual. Yo soy la esperanza; usted es la desilusión.

La señora Lunn.—¡Oh! mi Gregory no es una desilusión; (Cariñosamente) ¿verdad, querido?

Gregory.—Ya verás, preciosa. Yo me arreglaré con este sujeto. (Se suelta de los brazos de ella y se enfrenta con Juno; ella se sienta plácidamente). ¿Usted dice que yo soy una desilusión, verdad? Bien: supongo que todos los maridos son una desilusión; ¿qué me dice de usted? No intente aparecer como soltero porque ocurre que yo conozco a la mujer que desilusionó. Viajé en el mismo barco que ella y...

Juno.—Y se enamoró de ella.

Gregory (sorprendido).—¿Quién se lo dijo?

Juno.—¡Vamos! usted lo confiesa. Bueno, pues, si quiere saberlo, nadie me lo dijo. Todos se enamoran de mi mujer.

Gregory.—¿Y usted se enamora de las mujeres de todos?

Juno.—Ciertamente, no. Sólo de la suya.

La señora Lunn.—¿De qué sirve que lo diga, señor Juno? Estoy casada con él y con eso termina todo.

Juno.—No, por cierto: puede usted divorciarse.

La señora Lunn.—¿Por qué?

Juno.—Por la mala conducta de él con mi mujer.

Gregory (profundamente indignado).—¿Cómo se atreve usted a difamar la reputación de esa dama encantadora? Una señora que he puesto bajo mi protección.

Juno.—¡Protección!

La señora Juno (regresando rápidamente).— Señor Lunn, debe usted tener más cuidado de lo que dice de mí.

Juno.—¡Preciosa mía! (La abraza). Perdonen esta traición de mis sentimientos, pero no había visto a mi mujer hace varias semanas y la quiero mucho.

Gregory.—¡Esto sí es descarado! ¿Quiere Vd. decirme quién le hace ahora el amor a su mujer delante de la gente?

La señora Lunn.—Señor Juno, ¿me hace el favor de presentarme con su esposa?

La señora Juno.—¿Cómo está usted? (Se dan la mano y la señora Juno se sienta junto a la señora Lunn, a la izquierda).

La señora Lunn.—Me alegro de hallar que usted acredita el gusto de Gregory. Es natural que sea un

poco escrupulosa respecto a las mujeres de quienes se enamora él.

Juno (severamente).—Esta no es la manera de considerar la infidelidad de su marido. (A Lunn). Usted debería educar mejor a su mujer. ¿Dónde están sus sentimientos? Es escandaloso.

Gregory.—¿Y qué me dice usted de su propia conducta?

Juno.—Yo no la defiendo, y asunto concluído.

Gregory.—Pues, ¡por mi vida! ¿Qué diferencia hay si no la defiende?

Juno.—Una diferencia fundamental. A la gente seria podrá parecerle malo. No me defiendo; soy malo, pero no en el fondo. A la gente vana hasta podré parecerle cómico. Bueno, ríase de mí: me he entregado. Pero la señora parece no tener ninguna idea sobre mí, no parece saber si soy malo o cómico. No parece importarle, no tiene suficiente sentido común. Yo digo que eso no está bien. Repito que he pecado y que estoy dispuesto a sufrir por ello.

La señora Juno.—¿Has pecado realmente, Tops?

La señora Lunn (dulcemente).—No recuerdo que haya pecado. Tengo una memoria pésima para las pequeñeces; pero yo creo que recordaría eso... si habla usted de mí.

Juno (enfurecido).—¡Pequeñeces! ¡Me he enamorado de un monstruo!

Gregory.—No le diga monstruo a mi mujer.

La señora Juno (levantándose rápidamente y llegando entre ellos).—Favor de no enojarse, señor Lunn. No le permito que intimide a mi Tops.

Gregory.—Bueno, pues entonces que no se jacte de haber pecado con mi mujer. (Se vuelve impulsivamente hacia su mujer, la hace que se levante y la toma del brazo orgullosamente). ¿Qué pretensión tiene a tal honor?

Juno.—Pequé en la intención. (La señora Juno lo abandona y vuelve a su asiento, resfriada). Soy tan culpable como si realmente hubiera pecado, e insisto en que se me trate como a un culpable y no se me desprecie, como si no hubiera hecho nada con su esposa o la de algún otro.

La señora Lunn.—¡Puff! (Vuelve a sentarse desdinosamente).

Juno (furioso).—No quiero ser humillado.

La señora Lunn (a la señora Juno).—Espero que vendrá a parar a nuestra casa, ya que usted y Gregory son tan buenos amigos, señora Juno.

Juno.—Esta magnanimidad descabellada...

La señora Juno.—¿No cree que ya ha hablado bastante, señor Juno? Este asunto lo deben arreglar dos mujeres. ¿No quiere dar un paseo con mi Gregory mientras lo discutimos? Gregory es magnífico oyente.

Juno.—No creo que resulte ningún provecho de una conversación entre el señor Lunn y yo. Es difícil que mejoremos nuestra moral mutuamente. (Pasa detrás del diván al extremo donde se halla la señora Lunn, toma una silla, deliberadamente la pone entre Gregory y la señora Lunn y se sienta con los brazos cruzados, resuelto a no moverse).

Gregory.—¡Ah! ¿De veras? Bueno, está bien. Si a eso vamos... (Atraviesa hacia la señora Juno, pone una silla a su lado y se sienta con igual determinación).

Juno.—Ahora los dos somos ya igualmente culpables.

Gregory.—Dispense, yo no soy culpable.

Juno.—En la intención, no busque subterfugios. Usted fué culpable en la intención, como yo.

Gregory.—No. Más bien diría yo que soy culpable de hecho, no en la intención.

Juno, la señora Juno y la señora Lunn (levantándose y exclamando simultánea y respectivamente).—¡Cómo! — No, en realidad... — ¡Gregory!

Gregory.—Sí. Yo sostengo que soy responsable nada más que de mis intenciones, y no de las acciones reflejas sobre las cuales no tengo dominio. (La señora Juno se sienta avergonzada). Le prometí a mi madre que nunca diría una mentira y que nunca enamoraría a una mujer casada. Nunca he dicho una mentira...

La señora Lunn (protestando).—¡Gregory! (Se sienta de nuevo).

Gregory.—Digo que nunca. En muchas ocasiones he recurrido a subterfugios, pero en las grandes ocasiones siempre he dicho la verdad. Considero ésta como una gran ocasión y no pueden intimidarme para romper mi promesa. Declaro solemnemente que yo no sabía hasta esta noche que la señora Juno era casada. Ella no me desmentirá cuando diga yo que desde ese momento mis intenciones fueron estricta y resuelta-

mente honorables; aunque mi conducta que no pude dominar y por lo cual no soy responsable, fué vergonzosa... o lo hubiera sido si este caballero no entra y enamora a mi mujer en mis propias narices.

Juno (dejándose caer de nuevo en la silla).—¡Pues vaya, me gusta!

La señora Lunn.—Es verdaderamente ridículo, querido, que la caldera llame negra a la sartén.

Gregory.—Cuando dices querido, ¿me haces el favor de decirme a cuál de los dos te diriges?

La señora Lunn.—En verdad no sé. Estoy enteramente desconcertada.

Juno.—¿Por qué no dejan hablar a mi mujer? No me parece bien que la olviden así.

La señora Lunn.—Lo siento muchísimo. Favor de perdonarme, querida.

La señora Juno (pensativa).—No sé qué decir; necesito pensarlo. He sido siempre un poco severa con estas cosas, pero cuando se ofreció ocasión no me porté como debería. No intentaba ser mala; pero de cualquier modo la naturaleza, o como la quieran llamar, no hizo mucho caso de mis intenciones. (Gregory instintivamente busca su mano y la aprieta). En verdad pensaba, Tops, que yo era para tí la única mujer en el mundo.

Juno (alegremente).—¡Oh! estamos bien, preciosa. La señora Lunn pensaba que ella era la única mujer en el mundo para él.

Gregory (pensativo).—Y lo es, en cierto modo.

Juno (encendiéndose).—Mi mujer también. No quiera parecer mejor marido que yo, porque no lo es. Yo he confesado que hice mal, usted no.

La señora Lunn.—¿Estás apenado, Gregory?

Gregory (perplejo).—¿Apenado?

La señora Lunn.—Sí, apenado. Creo que ya es tiempo de que digas que te apena mucho y de que te hagas amigo del señor Juno, antes de que cenemos en compañía.

Gregory.—Seraphita, yo le prometí a mi madre...

La señora Juno (involuntariamente).—¡Al diablo, su madre! (Recobrándose). Perdóneme.

Gregory.—Las promesas son promesas. No puedo contar una mentira premeditada. Sé que debería estar arrepentido; pero el caso es que no lo estoy. Veo

que en este asunto hay una desastrosa separación de mis principios morales y mi conducta.

Juno.—No es nada desastrosa. No importa cual sea su conducta, si son buenos sus principios.

Gregory.—¡Tentería! No importa cuáles sean sus principios si es buena su conducta.

Juno.—Pero su conducta no es buena y lo son mis principios.

Gregory.—¿De qué le sirven sus buenos principios si no los puede aplicar?

Juno.—Sí se pueden aplicar, caballero, con sólo el propio sacrificio.

Gregory.—¡Ah! sí: con sólo, con sólo, con sólo. Usted sabe muy bien que el sacrificio no aprovecha cuando uno quiere una cosa verdaderamente. ¿Me puede decir cuánto se ha sacrificado?

La señora Lunn.—¡Oh! muchísimo, Gregory. No seas grosero. El señor Juno es un señor muy amable: ha tenido mil atenciones para mí durante el viaje.

Gregory.—Y la señora Juno es una mujer muy amable. No debería serlo, pero lo es.

Juno.—¿Me puede decir por qué no debería serlo?

Gregory.—Quiero decir que no debería ser amable conmigo; y usted no debería ser amable con mi mujer; y su mujer no debería quererme; y mi mujer no debería quererlo; y si lo hacen no deberían seguir haciéndolo. Y yo no debería querer a su mujer, y usted no debería querer a la mía, y si lo hacemos no deberíamos seguirlo haciendo. Pero seguimos todos; no deberíamos, pero seguimos.

Juno.—Pero, querido amigo, ¿dónde está el daño si admitimos que hacemos mal? No somos perfectos; pero mientras tengamos un ideal ante nosotros...

Gregory.—¿Cómo?

Juno.—Confesando que hicimos mal.

La señora Lunn (levantándose impaciente y caminando alrededor de la antesala).—La verdad es que necesito cenar. Estos dos hombres, con su moralidad y sus promesas a sus madres y sus confesiones de que hicieron mal y sus pecados y sufrimientos y sus debates como si significara algo, me están poniendo nerviosa. (Inclinándose sobre el respaldo del sofá para hablarle a la señora Juno). Si tuviera usted la bondad, querida, de libramme en ocasiones de mi sentimental marido, se lo agradecería infinito; estoy segura

que usted puede soportar la sentimentalidad masculina más que yo. (Caminando majestuosamente hacia la chimenea). Yo por mi parte haré lo posible por divertir a su excelente marido, cuando la aburra.

Juno.—Esto se llama poliandria.

La señora Lunn.—Preferiría que no les diera nombres ofensivos a las cosas inocentes, señor Juno. ¿Qué nombre le da usted a su propia conducta?

Juno (levantándose).—Le digo a usted que yo ya he confesado...

Gregory, la señora Juno y la señora Lunn (juntos, respectivamente).—¿Qué objeto tiene seguir con lo mismo? — ¡Ay!, por favor, que no vuelva a empezar. — **Tops:** voy a gritar si lo dices otra vez.

Juno.—Bueno, pues si no quieren escucharme!... (Vuelve a sentarse).

La señora Juno.—¿Cuál es ahora exactamente nuestra situación? (La señora Lunn se encoje de hombros y abandona el acertijo. Gregory mira a Juno. Juno voltea para otro lado malhumorado). Quiero decir ¿qué vamos a hacer?

La señora Lunn.—¿Qué aconseja usted, señor Juno?

Juno.—Yo le aconsejaría que se divorciara de su marido.

La señora Lunn.—¿Quiere usted que desacredite a su esposa llevándola a un juzgado?

Juno.—No, lo olvidaba. Dispénsame, pero por el momento pensé que estaba casado con usted.

Gregory.—Yo creo que lo mejor es dejar lo pasado. (A la señora Juno, muy tiernamente). ¿Me perdonará, verdad? No sería justo que dejara usted que el olvido de un momento amargara toda nuestra vida futura.

La señora Juno.—La señora Lunn es quien tiene que perdonarlo.

Gregory.—¡Demonio! lo olvidé. Esto es ridículo.

La señora Lunn.—Tengo hambre.

La señora Juno.—¿Le importa, señora Lunn?

La señora Lunn.—Mi querida señora Juno, Gregory es uno de esos hombres terriblemente mujeriegos que deberían tener diez esposas. Si cualquier mujer distinguida en verdad me libra de él un día o dos, de tarde en tarde, se lo agradeceré mucho.

Gregory.—Seraphita, me partes el alma. (Llora).

La señora Lunn.—¡Me alegro! Te parecería bien que se me partiera a mí.

La señora Juno.—¿Quiere usted que la libre de Sibthorpe, señora Lunn?

Juno (levantándose). — ¿Creen ustedes que yo voy a permitir esto?

La señora Juno.—Tú confesaste que habías hecho mal. ¿Después de eso, de qué sirve que lo permitas o que no lo permitas?

Juno.—Yo no confieso que hice mal. Yo confieso que lo que hice resultó mal.

Gregory.—¿Puede usted explicar la diferencia?

Juno.—Es muy clara: para cualquiera que no sea un imbécil. Si usted me dice que yo he hecho algo malo, me insulta. Pero si me dice que algo que yo hice está mal, simplemente se plantea una cuestión moral. Le digo francamente que si dice que yo he hecho algo malo tendremos que pelear. En realidad creo que de todos modos debemos pelear. No lo deseo particularmente; pero me parece que Inglaterra lo espera de nosotros.

Gregory.—Yo no peleo. Si usted me vence mi mujer compartiría mi humillación; si yo lo venzo ella se pondría de su parte y me odiaría por mi brutalidad.

La señora Lunn.—Sin olvidar que como somos seres humanos y no renos o aves de corral, si dos hombres presumieran pelear por nosotras no podríamos, por decencia, volver a hablarles a ninguno de los dos.

Gregory.—Además, ninguno podría vencer al otro, porque no sabemos pelear. Nada más nos buscaríamos moretones y nos pondríamos en ridículo.

Juno.—No estoy de acuerdo. Todos los ingleses saben usar sus puños.

Gregory.—Usted es inglés ¿puede usarlos?

Juno.—Supongo que sí; nunca lo he probado.

La señora Juno.—Nunca me dijiste que no podías pelear, Tops. Yo creía que eras un consumado pugilista.

Juno.—Vida mía, nunca te dí motivo para creerlo.

La señora Juno.—Siempre lo considerabas lo mas natural. Hablabas con el mayor desprecio de los hombres que no arrojaban a otros por la escalera a puntapiés.

Juno.—Bueno, pero no puedo arrojar al señor Lunn a puntapiés por la escalera: estamos en el piso bajo.

La señora Juno.—Podías echarlo al puerto.

Gregory.—¿Quiere que me arrojen al puerto?

La señora Juno.—No; nada más quiero demostrarle a Tops que se está poniendo en el más espantoso ridículo.

Gregory (levantándose y caminando entre el sofá y la ventana)—Todos estamos quedando en ridículo.

Juno (siguiéndolo).—Bueno, si no hemos de pelear debo insistir por lo menos en que usted no vuelva a hablar con mi mujer.

Gregory.—¿Le perjudica en algo que hable con su mujer?

Juno.—No; pero es lo que se debe hacer. (Con énfasis). Debemos portarnos con un poco de decencia.

La señora Lunn.—¿Y usted nunca me volverá a hablar, señor Juno?

Juno.—Estoy dispuesto a prometer que no lo haré nunca. Creo que su marido tiene derecho para pedírmelo. Si después le hablo no será culpa de él. Habré faltado a mi promesa y no intentaré defender mi conducta.

Gregory (encarándose con el).—Yo hablaré con su esposa tantas veces como ella me lo permita.

La señora Juno.—No tengo inconveniente en que usted me hable, señor Lunn.

Juno.—Entonces dará los debidos pasos.

Gregory.—¿Qué pasos?

Juno.—Pasos; medidas; proceder. Los pasos que me parezcan convenientes.

La señora Lunn (a la señora Juno).—¿Su marido está en condiciones de pagar un escándalo, señora Juno?

La señora Juno.—No.

La señora Lunn.—Ni el mío tampoco.

Gregory.—Señora Juno, siento muchísimo haberla metido en esto. No sé como hacemos para tener sentimientos como los nuestros, que me parecen sentimientos bellos y sagrados, y que ocasionan aventuras tan interesantes y acaban en pependencias y escenas degradantes.

Juno.—Niego que mi conducta haya sido vulgar o degradante.

Gregory.—Yo le prometí a mi...

Juno.—Mire, amigo, no diga nada de su madre; siento que se haya muerto, pero la verdad es, sabe, que la mayor parte de las mujeres son madres y que todas

mueren alguna vez; sin embargo, eso no las hace autoridades infalibles en moral, ¿no es así?

Gregory.—Es lo que iba yo a decir. Permítame añadir que si usted hace las cosas sólo porque otro mentecato espera que usted las haga, y él espera que usted las haga porque cree que usted espera que él espere de usted que las haga, acabarán todos por hacer lo que nadie quiere, que, en mi opinión, es un estado de cosas muy tonto.

Juno.—Lunn, yo amo a su esposa. Eso es todo.

Gregory.—Juno, yo amo a la suya. ¿Y qué?

Juno.—Que es claro que ella nunca debe volverlo a ver.

La señora Juno.—¿Por qué no?

Juno.—¿Por qué no! Amor mío, me asombras.

La señora Juno.—¿Entonces he de hablar sólo con hombres a quienes les choque?

Juno.—Sí. Hablando propiamente ese es el deber de una mujer casada.

La señora Juno.—Pues no lo haré, lo aseguro. Me gusta agradar; me gusta ser amada. Quiero que todos los que me rodean me amen; no quiero hablar con nadie a quien no le agrade.

Juno.—Pero, mi encanto, esta es la inmoralidad más horrible.

La señora Lunn.—No tengo la intención de dejar de tratarlo, señor Juno. Usted me divierte mucho. No me gusta ser amada: me aburre; pero sí me gusta que me diviertan.

Juno.—Espero que nos veremos frecuentemente; pero espero también que no defenderemos nuestra conducta.

La señora Juno (levantándose).—Esto es insostenible. Todos hemos estado flirteando. ¿Es necesario seguir perorando sobre ello?

Juno (mallumorado).—No sé a qué llamas perorar...

La señora Juno (interrumpiéndolo).—Sí lo sabes. Tú estás perorando; el señor Lunn está perorando. ¿No podemos confesar que somos seres humanos y terminar?

Juno.—Yo lo he confesado desde el principio. Yo...

La señora Juno (casi a gritos).—Entonces deja de perorar. (Suena la llamada a la cena).

La señora Lunn (se levanta).—¡Gracias a Dios! Vamos a cenar. Gregory, acompaña a la señora Juno.

Gregory.—Pero a quien debo acompañar es a la visita y no a mi propia esposa.

La señora Lunn.—Bueno, la señora Juno no es tu esposa, ¿verdad?

Gregory.—¡Ah, por supuesto! mil excusas. Estoy completamente desconcertado. (Ofrece su brazo a la señora Juno, con cierto recelo).

La señora Juno.—Parece que me tiene mucho miedo. (Toma su brazo).

Gregory.—Sí. Sencillamente la adoro. (Salen juntos y al pasar por la puerta él se vuelve y dice con voz resonante a la otra pareja) He dicho a la señora Juno que sencillamente la adoro. (Se la lleva provocativamente).

La señora Lunn (gritándole).—Sí, querido, es un encanto. (A Juno) Vamos, Sibthorpe.

Juno (dándole el brazo con galantería).—¿Me ha llamado Sibthorpe? Gracias. Creo que la conducta de Lunn me permite aceptarlo.

La señora Lunn.—Sí. Creo que ahora podrá darse gusto.

Juno.—Seraphita, la adoro hasta lo inexpresable.

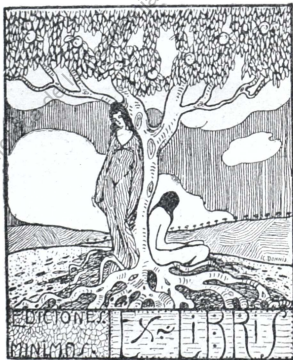
La señora Lunn.—Sibthorpe, me divierte usted hasta lo indescriptible. Vamos. (Se van a cenar juntos).

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
PREFACIO	7
VENCIDOS.....	25

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Biblioteca Argentina de Letras



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

- CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO CUARTO

37-38. G. BERNARD SHAW

Vencidos (Comedia)

Cuaderno de próxima publicación:

POESIAS DE EDMUNDO MONTAGNE

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 3.00 m/n

Precio de este número: 40 cts.

Número atrasado 0.40 centavos

DIRECCIÓN: **Doblas, 600** - BS. AIRES.

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| 5. LAO - TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canções y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|-------------------------|----------------------------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras |
| 27. AGUSTÍN ALVAREZ | Ensayos y Añécdotas |
| 28. ANTON CHEKHOFF | Ojos con Sueño |
| 29. GOYCOECHEA MENÉNDEZ | Páginas Selectas |
| 30. ANATOLE FRANCE | Cranquebille |
| 31. FERNÁNDEZ MORENO | Antología (1915-1918) |
| 32. EDUARDO WILDE | Mar Afuera |
| 33. GABRIELE D'ANNUNZIO | Tierra Virgen |
| 34-35. FRANZ TOUSSAINT | El Jardín de las carolinas |
| 36. GUILLERMO VALENCIA | Poemas |